



Prólogo de

Antonio Muñoz Molina

Irmtrud Wojak
Fritz Bauer
Biografía
1903-1968



BERG INSTITUTE

La obra *Fritz Bauer. Biografía 1903-1968* de la historiadora Irmtrud Wojak presenta en un riguroso trabajo a uno de los luchadores por el Estado de derecho y los derechos humanos más importantes del siglo XX en Europa, y muestra el legado ético y jurídico de resistencia y de compromiso solidario de la figura cívica excepcional de Fritz Bauer.

«Que Fritz Bauer pudiera hacer contra viento y marea todo lo que hizo nos parece increíble. De pocas personas en el siglo XX puede decirse que lograran o propiciaran tantos cambios necesarios y justos como de Fritz Bauer, aunque su figura haya quedado muy limitada al ámbito alemán. A mí siempre me hace pensar en otro activista y visionario insobornable, Martin Luther King. (...) La semejanza que me parece más profunda entre ellos es la de una actitud sacrificial. Llamo así a la plena aceptación de que el precio exigido por la causa a la que uno se dedica es ni más ni menos que su propia vida. Los dos vivieron a diario la hostilidad abierta, los anónimos, las amenazas de muerte.

Murieron con casi treinta años de diferencia, apenas con unos meses de distancia en 1968. Nosotros sabemos que su sacrificio, el uno religioso, el otro cívico, no fue en vano. Fritz Bauer y Martin Luther King son de esas pocas personas de las que puede decirse con toda objetividad que mejoraron el mundo. Pero el misterio íntimo, el secreto de la soledad personal de Fritz Bauer, ni el biógrafo mejor documentado o más sagaz podrá tal vez averiguarlo».

Antonio Muñoz Molina



BERG
INSTITUTE
BIBLIOTECA LITERATURA
Y DERECHOS HUMANOS



DERECHOS
HUMANOS
BERG INSTITUTE



9 788494 185289 3



«De pocas personas en el siglo XX puede decirse que lograran o propiciarán tantos cambios necesarios y justos como de Fritz Bauer, aunque su figura haya quedado muy limitada al ámbito alemán. A mí siempre me hace pensar en otro activista y visionario insobornable, Martin Luther King. (...) La semejanza que me parece más profunda entre ellos es la de una actitud sacrificial. Fritz Bauer y Martin Luther King son de esas pocas personas de las que puede decirse con toda objetividad que mejoraron el mundo».

Antonio Muñoz Molina

FRITZ BAUER. BIOGRAFÍA
1903-1968



En colaboración con / mitwirkende Institution:



Embajada
de la República Federal de Alemania
Madrid

BIBLIOTECA LITERATURA Y DERECHOS HUMANOS

La Biblioteca Literatura y Derechos Humanos es un proyecto de Berg Institute en colaboración con diversas entidades internacionales como Yale University Press, Penguin Books, Il Mulino, Planeta, Oxford University Press, Fayard/ Flammarion y Princeton University Press, entre otras. Su objetivo es ofrecer en lengua española diversas narrativas que permitan, desde la literatura, conocer más y mejor el relato humano de la conquista y reconocimiento de los Derechos Humanos en su compromiso de defensa de la Humanidad y de la dignidad «del otro» y, de este modo, promover los valores e ideas de compromiso con la Justicia y la solidaridad humana.

IRMTRUD WOJAK

FRITZ BAUER
BIOGRAFÍA 1903-1968

EDICIÓN Y PRESENTACIÓN
Joaquín González Ibáñez

PRÓLOGO
Antonio Muñoz Molina

TRADUCCIÓN
Gonzalo Tamames González y Sara Han Díaz Lorenzo

Biblioteca Literatura y Derechos Humanos
BERG INSTITUTE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de dichos derechos puede ser constitutiva de un delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: Fritz Bauer 1903-1968. Eine Biografie. Publicado por Buxus Stiftung, Múnich.

© 2018 Autoría: Irmtrud Wojak

© 1965 stefan moses Münchner Stadtmuseum, Sammlung Fotografie, archiv stefan moses

© 2023 De esta edición: Fundación Berg Oceana Aufklärung-Berg Institute

© Prólogo de la edición española: Antonio Muñoz Molina

© Edición y presentación: Joaquín González Ibáñez

© Traducción: Gonzalo Tamames González y Sara Han Díaz Lorenzo

© Dibujo de las guardas Benoît van Innis. Colección Berg Institute



ISBN: 978-84-948528-9-3

Depósito Legal: M-28392-2023

Impreso en España (Unión Europea)

Código IBIC: BT; 3JJH

Código Thema: DNX; 3MPBLB

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	7
PRESENTACIÓN <i>por Joaquín González Ibáñez</i>	13
PRÓLOGO <i>por Antonio Muñoz Molina</i>	31
 <i>FRITZ BAUER. BIOGRAFÍA 1903-1968</i>	
INTRODUCCIÓN	41
CAPÍTULO I. Tubinga. La vieja calle Kronenstraße, el silencio de los bulevares	
Los primeros recuerdos	73
CAPÍTULO II. Construyamos las ciudades del futuro	
Comienzo del siglo XX en Stuttgart	89
CAPÍTULO III. Mi familia era cívica y honrada	
Años escolares, antes y durante la Primera Guerra Mundial	105
CAPÍTULO IV. En lucha por los derechos humanos	
Estudios de derecho, juez de carrera, adhesión a la República de Weimar	139
CAPÍTULO V. La feliz isla de Dinamarca	
Internamiento en un campo de concentración, huida y primeros años de exilio 1933-1943	179
CAPÍTULO XI. ¡Si esto fuera un veraneo sería magnífico!	
1943-1945: exilio en Suecia	237
CAPÍTULO VII. Una lección de Derecho Internacional	
Regreso a Dinamarca, después de la guerra	277

CAPÍTULO VIII. Poner fin a la incertidumbre	
De Copenhague a Brunswick, pasando por Hannover	319
CAPÍTULO IX. Crímenes de lesa humanidad	
Juez y fiscal general en Brunswick, 1949 a 1956.	359
CAPÍTULO X. El poder de los tiranos tiene un límite	
Alegato a favor del 20 de julio de 1944 en el proceso contra Remer.	389
CAPÍTULO XI. Asesinos entre nosotros	
Eichmann, Bormann y Mengele – la «Solución Final» a juicio	417
CAPÍTULO XII. Quien haya contribuido a esta máquina de matar es culpable	
Los grandes Procesos de Auschwitz de 1963 a 1965.	467
CAPÍTULO XIII. Hoy en día solo queda un sencillo trabajo duro	
La impunidad del poder judicial nazi y el programa de eutanasia	527
CAPÍTULO XIV. «Que no cometerás ningún asesinato»	
La interminable lista de crímenes nazis.	579
CAPÍTULO XV. En busca del Derecho	
Una vida de pasión racional.	617
CAPÍTULO XVI. El deber de desobedecer	
30 de junio de 1968 – muerte y legado.	643
SELECCIÓN DE ESCRITOS DE FRITZ BAUER.	655
BIBLIOGRAFÍA.	667
ÍNDICE ANALÍTICO	709

AGRADECIMIENTOS

Para la publicación de este libro ha sido necesario el trabajo de varias personas e instituciones a quienes queremos mostrar nuestra gratitud por su compromiso con las tareas realizadas, pero sobre todo por trabajar con vocación e ilusión en este proyecto biográfico sobre la figura de Fritz Bauer, quien con su legado cívico y jurídico nos ha mostrado que la lucha por los derechos humanos, el Estado de derecho y la democracia no fue una entelequia en el convulso siglo XX europeo.

En primer lugar, nuestra admiración por Irmtrud Wojak, autora de la obra *Fritz Bauer. Biografía 1903-1968*, por su compromiso y determinación en los últimos 25 años para que Fritz Bauer adquiriera en el relato e imaginario alemán la trascendencia que le corresponde como genuino luchador democrático.

Con especial consideración nuestro agradecimiento a Gonzalo Tammes González y Sara Han Díaz Lorenzo por la meticulosa y fidedigna traducción de esta obra, de singular complejidad por su aparataje de referencias y citas, y las múltiples fuentes utilizadas por la autora. En particular, el esfuerzo realizado por Gonzalo en unas circunstancias personales muy difíciles que han dado más valor y aprecio al trabajo realizado para la publicación de este libro en lengua española. A Gabe Ibáñez, José Enrique Conde y Carmela García Prieto por las labores de coordinación editorial, su paciencia y criterio profesional en las publicaciones de Berg Institute.

A Antonio Muñoz Molina que, desde los afectos y la pedagogía de los hechos, ha mostrado su compromiso con la defensa de los derechos humanos y con la Biblioteca de Berg Institute. Nuevamente nuestro querido escritor ha participado en esta obra con un inspirador prólogo sobre Fritz Bauer, al igual que con los textos que escribió para *Totalmente Extraoficial. Autobiografía* de Raphael Lemkin y para las *Memorias* de Beate y Serge Klarsfeld de esta misma colección.

Y, finalmente, nos congratulamos y expresamos nuestra gratitud a la Embajada de la República Federal de Alemania en España, que ha querido ser parte institucional en el homenaje a la figura de Fritz Bauer y ha facilitado la publicación final de este libro. A continuación, aparece el texto «Nuestro conciudadano Fritz Bauer» de Maria Margarete Gosse, embajadora de la República Federal de Alemania en España.

Nuestro conciudadano Fritz Bauer

Los ciudadanos de Alemania y del resto de Europa, comprometidos con la defensa de la democracia y el fortalecimiento del Estado de derecho como la fórmula más solvente para construir sociedades más justas, respetuosas e inclusivas, recordamos y celebramos la figura de una personalidad europea excepcional como Fritz Bauer. La Embajada de la República Federal de Alemania en España se une a los esfuerzos de divulgación y promoción del legado ético y jurídico de Fritz Bauer en la primera publicación en lengua española sobre su vida, *Fritz Bauer. Biografía 1903-1968* de la historiadora Irmtrud Wojak. Este riguroso trabajo presentado por Berg Institute nos acerca de nuevo a la sombría historia de Europa y Alemania y a su funesta etapa de totalitarismos. Al mismo tiempo, gracias a la personalidad de Fritz Bauer, nos conduce a la raíz perenne de la búsqueda de la justicia, la democracia y la solidaridad incluso en los episodios más abyectos de nuestra historia alemana.

La memoria, la justicia y el sentido de la responsabilidad son una convicción y una construcción humana, y hoy la Alemania del siglo XXI es mejor gracias a la puesta en práctica de las ideas y los valores por los que luchó Fritz Bauer junto con algunos de sus coetáneos y amigos que aparecen en este libro, como Willy Brandt, Theodor Adorno, Max Horkheimer o Horst Krüger.

Tal vez, si Fritz Bauer se asomara a conocer la realidad europea y la de su patria alemana en el siglo XXI y advirtiese la amenaza de nuevos movimientos nacionalistas extremistas, las estrategias de desinformación, las amenazas al medio ambiente y la guerra en Europa otra vez, en este caso en Ucrania, seguramente volvería a proclamar, como en 1955, la necesidad de un compromiso cívico: «En lucha por los derechos humanos» (*Im Kampf um des Menschen Rechte*). Asimismo, Fritz Bauer sentiría orgullo por los cambios y el progreso en su patria, en particular, por las políticas sociales, la acogida de refugiados, el respeto y promoción de los derechos humanos y el cumplimiento del Derecho Internacional como objetivo cardinal de la política exterior de Alemania.

Ahora que en 2023 conmemoramos el 60 aniversario de los procesos de Fráncfort-Auschwitz, iniciados el 20 de diciembre de 1963 y liderados por Fritz Bauer, las instituciones alemanas —que nunca le reconocieron sus méritos en vida con ninguna condecoración ni distinción pública— tienen ahora en mi condición de representante del Estado alemán, la oportunidad histórica de extender la mano para arropar y celebrar a Fritz Bauer como un ejemplo de liderazgo cívico democrático de nuestra historia. Y esta celebración nos recuerda la responsabilidad de enarbolar la bandera de los derechos humanos y la democracia que Fritz Bauer, con su vocación jurídica y compromiso cívico, puso en práctica en una vida dedicada a la búsqueda de la libertad, la justicia y la fraternidad.

Maria Margarete Gosse, embajadora de la República Federal de Alemania en España

Madrid, 18 de septiembre de 2023

Irmtrud Wojak (1963, Alemania) es historiadora y directora de la Fundación alemana *BUXUS Stiftung*. Su investigación se ha centrado en las culturas de memoria política y en una historiografía que explora la resistencia como lucha por los derechos humanos. Wojak estudió Historia, Historia Social e Historia Económica, así como Ciencias Políticas en la Ruhr-Universität de Bochum. Se doctoró en Historia con una tesis sobre la emigración judía y política alemana durante el periodo Nacional Socialista a América Latina. Realizó varias estancias de investigación, entre ellas en el *Yad Vashem Holocaust Memorial* de Jerusalén y en el *United States Holocaust Memorial Museum* de Washington. Fue becaria Frieda L. Miller del *Radcliffe Institute for Advanced Study* de la Universidad de Harvard. Es la responsable del proyecto de investigación y educación de la *Biblioteca interactiva Fritz Bauer*, dedicada a investigar la historia de la resistencia de los supervivientes de violaciones de derechos humanos y contribuir así a un mundo más justo y humano.

En 2004, Irmtrud Wojak fue la comisaria de la primera gran exposición sobre el juicio de Auschwitz 1963-1965, y en 2009 publicó la primera biografía autorizada de Fritz Bauer. En 2008 completó su habilitación y recibió su *venia legendi* en la Universidad de Hannover. Hasta 2005 fue subdirectora del Instituto Fritz Bauer de Fráncfort. Fue Jefa del Departamento de Historia del Servicio de Búsqueda Internacional (Bad Arolsen) en 2007-2008 y Directora Fundadora del *NS-Documentation Centre* de Múnich en 2009/11. Desde 2018 es coeditora y directora de la colección Literatura y Derechos Humanos de *Buxus Stiftung* y *Berg Institute* en lengua alemana.

Antonio Muñoz Molina es escritor, miembro de la Real Academia Española, Premio Príncipe de Asturias de las Letras 2013 y Premio Nacional de Narrativa, entre otros. Su calidad literaria y humana está cimentada sobre su coherencia ética, honestidad y compromiso de ciudadanía responsable, que le acreditan como una referencia cívica y literaria imprescindible, lo que permite enmarcar adecuadamente su reflexión: «Derechos sin responsabilidades son privilegios». Autor en esta colección *Literatura y Derechos Humanos* de Berg Institute de los prólogos de las obras *Totalmente Extraoficial* de Raphael Lemkin, *Memorias* de Serge y Beate Klarsfeld y *Fritz Bauer. Biografía 1903-1968* de Irmtrud Wojak.

Gonzalo Tamames González es licenciado en Filología alemana por la Universidad Complutense y ha sido profesor de traducción en la Universidad Complutense y en la Alfonso X el Sabio de Madrid y autor de numerosas traducciones literarias.

Sara Han Díaz Lorenzo es graduada en Traducción e Interpretación y Relaciones Internacionales y Máster en Análisis y Procesamiento del lenguaje de la Universidad del País Vasco. Dentro de esta misma colección ha realizado la traducción de la obra *Núremberg y Vietnam. Una tragedia americana* de Telford Taylor.

Joaquín González Ibáñez es profesor de Derecho Internacional Público y Relaciones Internacionales de la Universidad Complutense de Madrid y editor de la Biblioteca Literatura y Derechos Humanos de Berg Institute.

«Yo solo puedo decir que mi compromiso con la justicia y mi dedicación personal para lograrla me parecieron esenciales, al menos para mí. Deseo sinceramente que los jóvenes de hoy tuvieran el mismo sueño de justicia que tuve yo, y que sintiesen que la vida adquiere sentido cuando se defienden la libertad, la justicia y la fraternidad».

Fritz Bauer





* Gracias a la iniciativa de Erardo Rautenberg, fiscal general del *Land* de Brandeburgo, se emitió el 2 de noviembre de 2019 este sello como parte de la serie en honor a los «Luchadores por la democracia». El sello contiene una conocida frase de Bauer alertando sobre la necesidad de defender la democracia frente a los hábitos totalitarios del pasado: «Nada se encuentra en el pasado, todo es presente y puede convertirse en futuro nuevamente». (*Nichts gehört der Vergangenheit an. Alles ist Gegenwart und kann wieder Zukunft werden*).

PRESENTACIÓN

Fritz Bauer, fiscal y ciudadano: un anhelo de justicia para revertir el olvido de las víctimas y de sus perpetradores zafados en una escombrera moral

Joaquín González Ibáñez

Una historia, un relato o una vida deslumbrante lo son porque convenimos que provoca un destello, un signo de viveza y luz que hace singular su mensaje y, tal vez, su legado provoca en un tiempo y lugar determinados un impacto sobre premisas éticas y estéticas. Para muchos alemanes de la posguerra Fritz Bauer fue la némesis del «buen alemán» sobreviviente de la posguerra. Su historia es tan deslumbrante e inspiradora como pesarosa y desconocida en la historia de la lucha por la democracia en Europa.

Fritz Bauer fue el juez más joven de la República de Weimar, que en 1933 fue internado en el campo de concentración de Heuber y logró huir de la Alemania nazi y exiliarse primero en Dinamarca y luego en Suecia, donde editó la revista *Sozialistische Tribüne* con Willy Brandt.

En el exilio en Dinamarca Fritz Bauer publicó en 1944 la obra *Die Kriegsverbrecher vor Gericht* (*Los criminales de guerra ante el tribunal*), en la que presentó un análisis sobre la responsabilidad de Alemania desde la perspectiva de Derecho Internacional que sirvió de referencia para el Tribunal de Núremberg. Para Bauer, la nación alemana necesitaba «una lección de Derecho Internacional actual», y los juicios contra los nazis debían ser una señal, «una declaración de un nuevo mundo alemán».

Fritz Bauer tuvo la determinación de regresar a Alemania en 1949, incluido en ese extraño grupo de patriotas judíos alemanes supervivientes que decidió que la justicia no debía ser un espectro en Alemania y que era una responsabilidad reconstruirla y blandir el Estado de derecho para auxiliar a las víctimas y al propio país. Bauer facilitó en 1960 la detención de Eichmann compartiendo la información de su paradero con el Mossad

israelí y no con sus colegas de la fiscalía en Fráncfort, pues numerosos de ellos mantenían fuerte vínculos pasados y presentes con las organizaciones nazis. Pero, sobre todo, Fritz Bauer ha trascendido en el derecho y la historia europea por ser el fiscal alemán que procesó por vez primera vez —después de los procesos de Núremberg realizados por las potencias vencedoras— a guardias y oficiales SS alemanes del campo de exterminio de Auschwitz. El periodista Rafael Poch explica este deslumbrante legado de una manera elocuente, al referir la preparación que Bauer y su equipo de fiscales de Hesse acometieron desde 1958 con complejas investigaciones para llevar a término, entre otros, los conocidos como procesos de Auschwitz o juicios de Fráncfort: «seis juicios celebrados entre 1963 y 1968, contra 27 matarifes responsables directos del campo de exterminio, oficiales de las SS y la Gestapo. Aquello fue una proeza».¹

Un indicio premonitorio del futuro desempeño de Fritz Bauer en la fiscalía de Hesse fue su innovador ejercicio de imaginación moral al proclamar en 1955 que se encontraba «en lucha por los derechos humanos» (*Im Kampf um des Menschen Rechte*) y ordenó en 1961 —pues cada ética tiene su estética— que se esculpiera en la fachada principal de la fiscalía de Hesse en Fráncfort la primera frase del artículo 1 de la Constitución alemana de 1949: «La dignidad humana es inviolable». (*Grundgesetz, Artikel 1. Die Würde des Menschen ist unantastbar*).

Las ideas de rebelión y resistencia frente a la injusticia y la infamia fueron para Fritz Bauer poderosos anhelos que le sirvieron de inspiración para llevar a la realidad del Derecho, primero a las víctimas para visibilizarlas y luego a los culpables de los crímenes para determinar su responsabilidad y evitar la impunidad. Esas mismas palabras, rebelión y resistencia, sirvieron a Indro Montanelli para describir lo que atestiguó durante la Revolución húngara de 1956. Montanelli utiliza una metáfora para figurar a los actores de la resistencia en las calles de Budapest contra los tanques de Moscú —estudiantes, obreros, profesionales, miembros de la policía y el ejército— que se adecuaba también a Fritz Bauer:

«Pero no fueron ellos quienes crearon las barricadas. Fueron las barricadas las que los forjaron» (*«Ma non sono stati loro a fare le barricate. Sono state la barricate a fare loro»*).²

Para Bauer las barricadas fueron la turbulenta historia del siglo XX europeo y la de su patria alemana asomada a un barranco moral de no retorno durante la Segunda Guerra Mundial que acometió, junto a la co-

¹ Raphael Poch, «Diario de Berlín (2008-2014)», Fritz Bauer, La Vanguardia, 5 de abril de 2010.

² Indro Montanelli, *La sublime pazzia de la rivolta*, Rizzoli, Milan, 2006, p.15.

misión de graves crímenes de guerra, por primera vez en la historia una política pública integral de genocidio facilitado por la tecnología y una eficaz organización de la administración del Estado para la consecución del exterminio de grupos señalados por el Estado como enemigos —la Shoa o genocidio judío incomparable por su magnitud en vidas humanas y la eliminación de raigambre que supuso para la cultura e historia europea y, también, el genocidio gitano, y las persecuciones y asesinatos de homosexuales, testigos de Jehová y otros grupos—. Bauer consideraba que había que recordarles constantemente a las personas que es un derecho y un deber de todos resistir cuando se produce una injusticia o se viola la dignidad de un individuo, no solo en un régimen tiránico, sino también en un Estado democrático. Bauer no presumía de que la resistencia fuese una cuestión de conciencia, sino una cuestión de responsabilidad individual en un Estado fundado sobre el principio del respeto de los derechos humanos.

Montañas de cadáveres y un «drôle de pays»

La historiadora Ursula Duba describe los primeros veinte años de la posguerra en Alemania como un espacio de silencio impenetrable. La derrota y el inicio de una nueva era se acuñó bajo la expresión *Die Stunde Null* (La Hora Cero) como si el Estado de la República Federal Alemana fuera un ser nuevo con todo su potencial de futuro, pero sin una raíz, sin un pasado embrionario y por ello sin mácula. No obstante, un pasmoso tercio del gabinete del canciller Konrad Adenauer estaba conformado por antiguos nazis de alto rango bien conocidos y, en particular, Hans Globke, que hasta 1963 se desempeñó como asesor principal del canciller, pero que había sido coautor de las leyes raciales de Núremberg de 1936. Una de sus aportaciones fue la de incluir la J de *Jude* (judío) en los pasaportes alemanes de personas judías. Duba describe una realidad en la que

«el 15 % de los representantes elegidos al parlamento alemán en 1949 de la República Federal Alemana estaban implicados en diversos crímenes nazis. No hubo ninguna protesta pública al respecto. Todo el sistema judicial, el sistema educativo, la profesión médica —incluso el bizantino funcionariado alemán que había dado forma a la sociedad alemana durante más de cien años— estaba lleno de antiguos nazis. Muchos médicos que habían participado en el proyecto de eugenesia T4 y otros que habían sido los artífices de los asesinatos en masa en los campos de exterminio quedaron impunes y con

frecuencia siguieron ocupando puestos directivos en instituciones médicas y en facultades de medicina. Los jueces que firmaron las sentencias de muerte de desertores del ejército y de todos aquellos que se habían opuesto al régimen nazi nunca fueron procesados y siguieron ejerciendo como jueces al comienzo de la Nueva Alemania. Los profesores que habían señalado a jóvenes judíos alemanes para violentar su vida y propiedades, que habían alabado el régimen nazi y que habían ensalzado con entusiasmo la superioridad de la “raza superior” y su derecho a conquistar el mundo, continuaron enseñando desde sus cátedras. Líderes de congregaciones religiosas y sacerdotes, tanto católicos como protestantes, que habían aplaudido a Hitler, o que en su caso habían permanecido en silencio durante el exterminio de judíos europeos y otros, continuaron en su papel de líderes espirituales y morales de sus rebaños». ³

En 1949, el mismo año que regresó Fritz Bauer desde Dinamarca, Thomas Mann realizó su primer viaje a Alemania y se encontró con un clima social turbio que mantenía, a pesar de la derrota total y la destrucción generada por la propia Alemania, el rescoldo social que terminó más de una década atrás con la República de Weimar. ⁴ Los reseña Mann en dos textos diferentes:

«Hoy, en Alemania, viviría más o menos como alrededor de 1930; visto amigablemente por una minoría instruida (...) odiado e insultado como no alemán, antialemán, traidor a la patria, por amplias masas obstinadas, retornadas a un descarado nacionalismo entre las que circula el eslogan “¡Con Hitler estábamos mejor!”» ⁵

Y en el ensayo sobre su viaje por Alemania:

«He viajado un poco al estilo principesco, protegido, privilegiado y vigilado, y he visto las cosas y las personas a través de un velo de amigos y de vigilantes policías que los dirigentes que nos invitaban (...) habían considerado aconsejable asignarnos». ⁶

³ Ursula Duba, *The Legacy of Bystanders, Cowards, Informers, Desktop Murders, and Executioners*, Twin Soul Ed., Branford, 2023, p. 2. Traducción de Joaquín González Ibáñez.

⁴ Conversación con Carlos Fortea, Madrid, abril de 2023.

⁵ Thomas Mann, «Alocución en el año de Goethe de 1949», *Sobre mi mismo*, Edhasa, Barcelona, 2016, pág. 504. Traducción de Carlos Fortea.

⁶ Thomas Mann, «Relato de viaje», *Sobre mi mismo*, p. 505.

Los alemanes de la postguerra proclamaron nuevos conceptos para vislumbrar la posibilidad de un futuro y, ajenos al Tribunal de Núremberg, crearon una categoría de «neomártires» provocada por su interpretación del fin de la guerra, que aparecía definida por un imaginario personalista de fatalidad y la brutalidad de la derrota, la devastación de las ciudades alemanas bombardeadas y sus víctimas civiles, y las familias rotas por los soldados y los prisioneros en Rusia que no volverían muchos de ellos hasta 1956. El enemigo comunista soviético y alemán oriental, y el juego de la Guerra Fría encubrieron las fechorías de los antiguos enemigos, y ahora surgían los nuevos colaboracionistas de la seguridad, la política y de la carrera armamentística y espacial, como el ingeniero y criminal de guerra Wernher von Brown. Pero las víctimas causadas por Alemania — esas víctimas que Curzio Malaparte en *Kaputt*⁷ recuerda que comparten la misma etimología los términos *Kaputt* y *víctima*, ambas proceden de la palabra hebrea *kopparoth* (כפרה), que significa derrotado, roto, destruido—, eran *víctimas* hundidas y quebradas, que no aparecían en el paisaje humano de responsabilidad pasada y presente de los alemanes. El marco jurídico alemán vigente en 1946 —no el sociológico— era el código penal de 1871 que seguía sancionando y consideraba como graves delitos los actos de los antiguos nazis responsables de asesinatos y torturas. Y sin embargo, el estado de cosas era un Estado de impunidad perfecto.

Para un observador de la historia de las dos décadas de postguerra alemana y la confrontación con su pasado criminal, de no ser por la deplorable y pernicioso situación de crueldad silenciosa e indiferencia efectiva para con las víctimas, visualizaría el «attrezzo» de las instituciones democráticas y del milagro económico de la República Federal de Alemania. Y, tal vez, pensara con sorna que ese país llamado Alemania era un «drôle de pays», es decir un país particular, curioso, extraño. Y también un país deplorable lleno de cadáveres y supérstites inertes fuera y dentro de Alemania; una escombrera moral.

⁷ Véase Malaparte: “Lei conosce l’origine della parola *Kaputt*? E una parola che proviene dall’ebraico *kopparoth*, che vuol dire vittima.” (¿Conocen el origen de la palabra *Kaputt*? Es una palabra que viene del hebreo y significa ‘víctima’); MALAPARTE, K., *Kaputt*, Adhelpi edizioni, Milán, 2009, p. 280. Traducción de Joaquín González Ibáñez.

Confrontar el pasado y un muro de silencio

Posiblemente Primo Levi leyó a Theodor W. Adorno y Eric Voegelin⁸ y sus observaciones en torno a la responsabilidad alemana y su historia luctuosa después de la derrota a manos de las potencias aliadas. Adorno en una conferencia de 1959 formuló un análisis escéptico de la ambigua expresión alemana *aufarbeitung der Vergangenheit* («reconciliarse con el pasado» o también traducible como «llegar a un acuerdo que supera el conflicto»), que describe el proceso de confrontación con el pasado alemán y un espeso muro de silencio⁹, pero que en las décadas de la postguerra parecía significar algo más parecido a «acabar con el pasado»:

«“Reconciliarse con el pasado” no significa reconciliarse de verdad con el pasado, es decir, destruir su poder de fascinación mediante una conciencia. Por el contrario, su intención es cerrar los libros de historia y, si es posible, incluso eliminarlos de la memoria».¹⁰

⁸ Voegelin centró su análisis de la responsabilidad alemana no en la persona Hitler y el eficaz partido nazi, sino en la complicidad e indulgencia de la sociedad alemana: «Sostenía, así, que Hitler no fue un pintoresco y extemporáneo lunar en la historia alemana, ni siquiera, como se encargaba de difundir cierta historiografía, un líder perverso —luciferino— con pericia para embaucar a ciudadanos irreprochables y conducirlos, primero, al precipicio moral y, después, a la derrota en la guerra. Todo lo contrario: para Voegelin, fue la bajeza y abyección de la sociedad alemana en su conjunto lo que propició que un personaje de índole tan dudosa se convirtiera en el timonel del Estado. Por eso no es a ese personaje al que presta su atención, sino al pueblo alemán. Con la precisión de un cirujano, dedicó las once sesiones de las que constaba el curso (en la Universidad de Múnich) a identificar, uno por uno, los colectivos que, con menor o mayor ofuscación, pero idéntica mezquindad, habían aplaudido y acatado la ideología nacionalsocialista. De su disección no se salvó nadie: políticos sin escrúpulos, juristas timoratos, burócratas y militares serviles, académicos y profesores de universidad ruines e incompetentes, así como teólogos de ambas confesiones —protestantes y católicos—, compartían la misma indignidad, decía Voegelin, y habían abdicado de sus deberes humanos.

Esas acusaciones no constituían un juicio sobre el pasado ni tampoco aspiraban a cerrar de un portazo el debate sobre la culpa de una generación extinta o a punto de desaparecer. Lo grave es lo que, al hilo de esto, se entreveía y que Voegelin tuvo arrestos de recordar una y otra vez en sus intervenciones. Y es que el entramado espiritual de la sociedad alemana no se había alterado lo más mínimo, de manera que, en pureza, su temple era desdichadamente idéntico al de quienes, en 1933, aclamaron al *Führen*. Véase el Estudio introducción en Eric Voegelin, *Hitler y los alemanes*, Trotta, Madrid, 2023. Estudio introducción y traducción de José María Carabante Muntada, p. 5.

⁹ Ernestine Schlant, *The Language of Silence*, Routledge, New York, 1999, p.176.

¹⁰ Theodor W. Adorno, «The Meaning of Working Through the Past», en: *Critical Models: Interventions and Catchwords*, trans. Henry W. Pickford. Nueva York: Columbia University Press, 2005), p. 89.

En el fabuloso libro de Primo Levi, *El sistema periódico*, en el capítulo dedicado al vanadio, Levi encuentra, por un accidente comercial de una resina en mal estado, al antiguo químico alemán que supervisaba su trabajo en Auschwitz, el Dr. Lotter Müller, que operaba bajo las ordenes del Dr. Pannwitz en el complejo Buna-Monowitz. Levi realiza con escepticismo y gran esfuerzo un intercambio epistolar con Müller y hace referencia al concepto del pasado referido por Adorno. Al recibir la primera carta de Müller, Primo Levi escribe:

«Su condena del nazismo era tímida y perifrástica, pero no había buscado justificaciones. Lo que buscaba era un coloquio. Tenía una conciencia, y se afanaba por mantenerla tranquila. En su primera carta había hablado de “superación del pasado”, “*Bewältigung der Vergangenheit*”. Luego he venido a saber que esta frase es un estereotipo, un eufemismo de la Alemania de hoy, donde se entiende universalmente como «redención del nazismo». Pero la raíz *walt* que lleva engastada, aparece también en palabras que significan «dominio», «violencia» y «estupor», y creo que, si tradujéramos la frase como «distorsión del pasado» o «violencia hecha al pasado», no andaríamos muy lejos de su sentido más profundo. Y, sin embargo, era preferible ese refugiarse en lugares comunes a los obtusos florilegios de los otros alemanes. Sus esfuerzos de superación eran torpes, un poco ridículos, irritantes, tristes, pero decentes. [...] Es decir, que en el momento de escribir eso, Müller seguía, igual que cuando nos conocimos en el laboratorio, sin tener *Keine Abnung*, o sea, no dándose cuenta de nada».¹¹

En términos similares Géraldine Schwarz en *Los amnésicos. Historia de una familia europea* sacude la vocación de olvido de su familia franco-alemana, y se refiere de modo explícito a los «años fétidos de la amnesia» y a la palabra femenina *Die Vergangenheitsbewältigung*. Géraldine Schwarz alude a Fritz Bauer y el testigo de lucha que traslada a Beate Klarsfeld en Alemania. Beate y Serge Klarsfeld continuaron la senda de Fritz Bauer de lucha contra los criminales, imaginaron y reinventaron la estrategia del litigio para evitar la impunidad y la vocación por la desmemoria. Recuerda Schwarz que la memoria alemana comenzó a sacudirse con los procesos iniciados por el fiscal Bauer con los casos Remer, los procesos de Fráncfort de Auschwitz y los juicios a los médicos, juristas y diplomáticos, y más tarde con la bofetada que la joven alemana Beate Klarsfeld propinó al jefe del Gobierno, canciller Kurt Georg Kiessinger, para recordar a los

¹¹ Primo Levi, *El Sistema periódico*, Alianza, 1988, Madrid, p. 241. Traducción de Carmen Martín Gaité.

biempensantes y confortables alemanes que tal vez en la elecciones de 1969 sería oportuno no reelegir como canciller a un antiguo director de la radio difusión nazi como Kiessinger y sí facilitar la llegada a Bonn de un resistente al nazismo y líder socialdemócrata y europeísta como Willy Brandt.

Pero ese espasmo que significó la justicia promovida por Fritz Bauer y los Klarsfeld para afrontar la amnesia tenía su raíz no en la propia comisión de los crímenes, sino en la aquiescencia o indiferencia de la mayoría de los alemanes con las conductas de los responsables antes del inicio del conflicto bélico. Observa Géraldine Schwarz —en la línea de argumentación de Voegelin— que fueron los *Mitläufer*¹², las «personas que siguen la corriente» quienes habían sido el pilar de desarrollo del nazismo:

«Simplemente, en el sentido que su actitud había sido la de la mayoría del pueblo alemán, una acumulación de pequeñas cegueras y de pequeñas cobardías que, sumadas las unas a las otras, habían creado las condiciones necesarias para el desarrollo de los peores crímenes de Estado organizados que la humanidad haya conocido jamás [...] (Tras la guerra) Los soviéticos dejaron a los Mitläufer en paz, aunque solo fuera porque habían percibido en ellos la posibilidad de reciclarlos como buenos comunistas».¹³

Toda esta injuria de negación de justicia y reconocimiento a las víctimas y a la verdad no sólo ocurrió en Alemania. Timothy Snyder en *The Reconstruction of Nations*¹⁴ (*La reconstrucción de las naciones*) muestra cómo

¹² Tras la derrota y la ocupación de Alemania en 1945, el ejército estadounidense inició un proceso de desnazificación de antiguos miembros del ejército y de la administración alemana. El primer paso del proceso consistía en la cumplimentación de un cuestionario que permitía identificar a los alemanes en relación con su grado de responsabilidad en los crímenes nazis con las categorías *Hauptschuldige* (incriminados mayores), *Belastete* (incriminados), *Minderbelastete* (incriminados menores) y *Mitläufer* (quien ha participado nominalmente en el apoyo al nacionalsocialismo). En el libro de John Dos Passos, *Tour of duty, Crónica de una guerra*, publicado en esta misma colección de Literatura y Derechos Humanos de Berg Institute, Dos Passos relata su experiencia como corresponsal de guerra en los procesos de Núremberg y la situación y condiciones de vida en las ciudades devastadas por los bombardeos aliados y curiosamente la edición alemana de *Tour of duty* fue titulada *Das Land des Fragebogens* (*El país de los cuestionarios*).

¹³ Géraldine Schwarz, *Los amnésicos. Historia de una familia europea*, Tusquets, Barcelona, 2019, pp. 15 y 24.

¹⁴ Timothy Snyder, *The Reconstruction of nations*, Yale University Press, New Haven, 2003, p. 202.

en ciertos países afectados por la Segunda Guerra Mundial como Bielorrusia, Ucrania, Polonia y Hungría, la confrontación con su pasado violento de cómplices, indiferentes y profundo nacionalismo xenófobo y supremacista, la definición de modernidad en su modelo de Estado es una tarea que todavía sigue acometiéndose. La comprensión y aceptación de las motivaciones de las limpiezas étnicas en sus territorios durante la guerra y la inmediata postguerra, y cómo se acometió la paz, al igual que en Alemania, fue un proceso diferido en el tiempo. Además, la caída del muro de Berlín provocó la confrontación con la realidad de las víctimas y los perpetradores, y a ello se añadió el desafío de afrontar los crímenes cometidos contra sus propios ciudadanos durante el periodo totalitario comunista en la Guerra Fría.

La escombrera moral de Alemania y la lucha contra la impunidad: el instante de certeza cívica de los juicios de Fráncfort

La República Federal Alemana inició en 1963 un proceso penal en el que por primera vez se investigaban los crímenes cometidos en Auschwitz por veintidós miembros de las SS. Este proceso conocido como los juicios de Fráncfort (1963-1965) tuvo lugar gracias a la iniciativa y determinación de Fritz Bauer, que había iniciado las investigaciones desde su autoridad como fiscal general de Hesse. Desde el punto de vista de la jurisdicción, el proceso se desarrolló en el *Land* de Hesse, una vez que el Tribunal de Justicia Federal (*Bundesgerichtshof*) en Karlsruhe refrendó la petición que formuló en 1959 Fritz Bauer para que fuera la jurisdicción del Tribunal Regional de Fráncfort la que investigará los crímenes cometidos por soldados SS en Auschwitz.¹⁵ Fritz Bauer se apoyó en un equipo de fiscales de confianza liderado por Hans Grossmann, junto con Georg Friedrich Vogel, Joachim Kügler y Gerhard Wiese.

Las labores de investigación y preparación del proceso tuvieron el inestimable apoyo de Hermann Langbein, antiguo prisionero de Auschwitz y cofundador del Comité Internacional de Auschwitz, y cuyo trabajo en equipo facilitó la obtención de la documentación y pruebas, así como la identificación de otras víctimas que luego comparecieron en el proceso en calidad de testigos.¹⁶

¹⁵ Véase, Joaquín González Ibáñez, «Actos supremos más allá de la justicia - *Justizfreie Hoheitsakte*», en Gary Bass, *Detén la mano de la venganza*, Berg Institute, Madrid, 2019, pp. 13 a 23.

¹⁶ Véase, Hermann Langbein, *People in Auschwitz*, The University of North Carolina Press, 2005.

Si bien los efectos educativos y de concienciación de la ciudadanía de la República Federal Alemana y también de la República Democrática Alemana al concluir el juicio en 1965 fueron muy limitados, el proceso sí sirvió para generar la primera fuente directa de conocimiento de las políticas del III Reich y los crímenes de la II Guerra Mundial. El proceso simbolizó una oportunidad social e histórica directa de acceso a la verdad para la sociedad alemana. Sin embargo, más allá del relato y del mantra de la reconstrucción y el milagro económico, todavía en el imaginario colectivo alemán de la postguerra predominaba la narrativa del victimismo, la ofensa por la derrota militar y del maltrato tras la contienda acometido especialmente por los soviéticos tanto a los civiles, como a los prisioneros alemanes de guerra. Todo ello aún, a pesar de la información que develaron los procesos de Núremberg y el caso Eichmann en Jerusalén, que significó a partir de 1962 el uso generalizado del término Holocausto. Tras dos años de proceso en Fráncfort, a los testimonios de los supervivientes, las declaraciones de los procesados que dieron muestra de una impiedad y unas sevicias de pleno horror en las conductas perpetradas de modo sistemático, se sumaron la falta de empatía humana e incluso el desprecio hacia las víctimas. Como recuerda Fritz Bauer, ni uno solo de los procesados pidió perdón a las víctimas, ni sintió remordimiento alguno por las atrocidades cometidas.

El proceso dio voz a las víctimas, pero también acudieron como testigos algunos siniestros personajes. De particular asombro fue el testimonio de «jueces de las SS» durante el proceso que habían sido enviados desde Berlín en febrero de 1944 por las acusaciones de robos cometidos por el personal SS, así como del excesivo uso de la violencia y «las ejecuciones arbitrarias» en el complejo de Auschwitz.¹⁷ El compareciente, el juez de las SS Wiebeck citado como testigo, al ser preguntado por el juez Hofmeyer sobre su misión en aquellos meses en Auschwitz —un escenario de horror caracterizado por el hedor de las chimeneas de los crematorios constantemente humeantes día y noche— donde los trenes portaban a hombres, mujeres y niños que, tras bajar en la *Alte Judenrampe* en la estación de Auschwitz (Oświęcim), caminaban hasta Birkenau para ser parte del proceso de selección: una minoría era conducida a la oportunidad del trabajo esclavo dentro del *Lager*, la mayoría a la cámara de gas. Día tras día en aquel febrero de 1944.

El magistrado del tribunal de Fráncfort inquirió a Wiebeck por qué no había realizado investigación alguna sobre los miles de personas que cada día eran asesinadas en la *Judenaktionen* (asesinato masivo de judíos

¹⁷ Rebecca Wittmann, *Beyond Justice: The Auschwitz Trial*, Harvard University Press, Cambridge, 2005, p. 173.

en la cámara de gas). El «jurista» respondió que su competencia solo abarcaba la investigación de los robos y el «asesinato ilegal de prisioneros». El fiscal Kügler intervino en el interrogatorio y preguntó por qué motivo no investigó el gaseamiento de miles de seres humanos del que habían sido testigo. Wiebeck respondió que para la comisión de jueces de las SS enviados desde Berlín, en particular para el juez SS Reimers y para él, en aquel momento no tenía relevancia jurídica investigar dichos actos ordenados por la jefatura del Estado, ya que los mismos eran «actos supremos más allá de la justicia» (*Justizfreie Hoheitsakte*). El proceso de Fráncfort simboliza una certeza ética y jurídica, y mostró que algunos alemanes y sus instituciones tenían la misión de evitar que un Estado democrático como lo proclamaba la Ley Fundamental de Bonn de 1949 no diera amparo a actos que no fueran justiciables: no había espacio jurídico ni ético para actos que no fuera posible someter al escrutinio del Derecho.

Y Joachim Kügler en el alegato final de la fiscalía en el proceso evoca impresiones similares a las que tuvo Vasili Grossman¹⁸ a su llegada a los restos del campo de exterminio de Treblinka en 1944. Las palabras de Joachim Kügler elevaron el estándar ético de las instituciones judiciales de Alemania:

«Auschwitz era un lugar desprovisto de cualquier vislumbre de civilización. Cuando hoy uno se agacha para palpar la tierra de Auschwitz, sólo puede aferrar cenizas de seres humanos, cenizas blancas y huesos descoloridos: HOMO SAPIENS. Señoras y señores, esos testigos mudos permanecen en Auschwitz, y son ellos mismos la prueba de la culpabilidad de los acusados».¹⁹

¹⁸ Vasili Grossman escribió en agosto de 1944 el primer informe de la liberación de un campo de exterminio alemán en su artículo «El infierno de Treblinka», publicado en la revista militar soviética *Estrella Roja*. En el texto Grossman refiere al inmenso manto de cenizas que encontró al llegar a Treblinka, tan solo unas semanas después de que los nazis lo abandonaran, previa la destrucción sistemática de todas las instalaciones y estructuras del campo. Este episodio también aparece referido por Vasili Grossman en su admirable obra *Vida y Destino*.

¹⁹ Acta final de acusación de Joachim Klüger, procesos de Auschwitz-Fráncfort, «Strafsache gegen Mulka u.a., 4 Ks 2/63», 13 de mayo de 1965: «*Auschwitz war ein Hohlraum völliger Kulturentledigung. [...] Und wenn Sie sich niederbeugen wollen draußen in Birkenau dann gleiten Sie nichts als Menschenasche, weiße Menschenasche und dazwischen hier und da ein gebleichter Knochen. HOMO SAPIENS. Meine Damen und Herren, allein die in Auschwitz zurückgebliebenen stummen Zeugen überführen die Angeklagten*». Traducción de Joaquín González Ibáñez.

Irmtrud Wojak rememora en este libro la voluntad de Fritz Bauer de explicar a la audiencia del proceso de Fráncfort que «Alemania Occidental necesitaba elegir entre el papel de Ana Frank o el de Wilhelm Harster»²⁰, quien había sido responsable de la deportación de los judíos holandeses a Auschwitz. Harster acababa de ser condenado por los crímenes de guerra nazis en los Países Bajos, si bien hasta el 18 de abril de 1963 había tenido una vida tranquila en Múnich donde trabajaba como alto funcionario. Esta era la muestra recurrente de la integración —apoyada por las políticas de la administración de Adenauer— de los criminales nacionalsocialistas en la sociedad alemana.

Una década después de los procesos de Fráncfort-Auschwitz, inspirado por el compromiso y labor de Fritz Bauer, el fiscal Dieter Ambach llevó adelante los procesos de Dusseldorf contra antiguos responsables SS alemanes del campo de exterminio de Majdanek y del gueto de Lublin. Su duración lo convirtió en el proceso penal más largo de la historia de Alemania (1975-1981). Hubo dieciséis procesados y fueron condenadas ocho personas por responsabilidad en la comisión de crímenes de asesinatos y tortura en Majdanek. Tuvo gran trascendencia la dilación del juicio que implicó que, en algún momento del proceso, mermaran las expectativas de las víctimas y como acontece en los procesos de crímenes internacionales «la percepción del horror se desvanece en un murmullo de legalismos».²¹

Los juicios alemanes de Fráncfort y Dusseldorf sirvieron para fijar los actuales estándares internacionales para la lucha contra la impunidad, que habían sido la razón de ser de los procesos de Auschwitz liderados por Bauer.²² Cuarenta años después de la finalización de los procesos de Fráncfort, la aprobación de la Resolución 60/147 de la Asamblea General de Naciones Unidas en 2005, sobre *Principios y Directrices sobre el derechos de las víctimas*, junto con los trabajos de los relatores sobre lucha contra la impunidad de Naciones Unidas, Louis Joinet y Diane Orentlicher —que desarrollaron desde 1996 los principios del derecho a la

²⁰ Irmtrud Wojak, *Fritz Bauer. Biografía 1903-1968*, Berg Institute, Madrid, 2023, p. 469.

²¹ «At Long Nazi Trial, the Sense of Horror Is Vanishing in a Murmur of Legalisms», de John Vinocur, *The New York Times*, 10 de noviembre de 1978.

²² Véase, Mark. A Wolfram, «Didactic war crimes trials and external legal culture: the cases of the Nuremberg, Frankfurt Auschwitz, and. Majdanek trials in West Germany», publicado en *Global Change, Peace & Security*, 2014, Vol. 26, n. 3, Routledge.

verdad, justicia y reparación a las víctimas— ha permitido la regulación normativa internacional de los objetivos y estándares en los procesos de crímenes internacionales.

Justicia frente a la venganza: juristas certeros, ejemplos cívicos y referentes éticos

Fritz Bauer y el historiador March Bloch tenían muchas cosas en común como coetáneos: eran judíos, socialdemócratas y patriotas, pero, sobre todo, sirviéndonos de la semblanza que Stanley Hoffman realizó de March Bloch²³, Fritz Bauer y March Bloch —un alemán y un francés— representaron el ideal de ciudadano republicano que defiende los valores de la democracia y el Estado de derecho como símbolos universales a la búsqueda de un modelo de fraternidad justo. Y no vano en Francia, recientemente, a Fritz Bauer se le ha recordado como «un héroe alemán» (*un héros allemand*).

Hay en las acciones de Bauer un coraje y determinación forjados en la condición de refugiado, como lo fue su coetáneo Raphael Lemkin. Bauer y Lemkin nacieron con una diferencia de tres años; Lemkin nació en el Imperio ruso en el primer año del siglo XX y Bauer tres años más tarde en el II Reich alemán. Les esperaba en su primera juventud la convulsión de la desaparición de cuatro imperios europeos —alemán, ruso, otomano y austrohúngaro— como consecuencia de la Primera Guerra Mundial, el nacimiento de los totalitarismos y la paz de Wilson, que conllevó una nueva explosión de países y aspiraciones nacionalistas. Y como señalaba Bauer, el káiser se marchó, pero «quedó la mentalidad militarista prusiana, sus generales reaccionarios, los funcionarios y los jueces conservadores». Bauer y Lemkin conocieron el exilio, y compartieron una vocación forzada de soledad que reforzaba sus aspiraciones de justicia a través de la disciplina para conseguir sus objetivos, su inteligencia y humanismo y, a menudo, el disgusto de proyectar en terceros —en los contrarios, los adversarios, o los autonominados enemigos de Bauer y Lemkin— no la legítima búsqueda de la verdad y la justicia, sino que les trataban de agredir al arrojarles al barro de los resentidos, rencorosos y vengativos, pero nunca de los agraviados o de las víctimas con derechos que reclaman justicia.

Sobre la venganza y la justicia, Beate y Serge Klarsfeld, la pareja de

²³ Prólogo de Stanley Hoffman en Marc Bloch, *La extraña derrota*, Crítica, Barcelona, 2003, p.11.

curtidos combatientes por los derechos humanos que enfrentaron a la impunidad que disfrutaron importantes criminales nazis y franceses por sus acciones durante la Segunda Guerra Mundial, fueron acusados también de resentidos y vengativos. Serge Klarsfeld en una conversación en Madrid en 2021 me ilustró con pedagogía y afecto que su experiencia personal como víctima le había permitido ser un posible un actor de la venganza, pero decidió dedicar su vida a luchar por la justicia y contra la impunidad y el olvido como Fritz Bauer y Raphael Lemkin. Contaba Serge Klarsfeld que la venganza, a diferencia de la justicia, es solo un acto; el trance de una mera acción ejecutada y, al mismo tiempo, es un gesto absoluto de desesperanza. Por el contrario, la justicia es un proceso complejo, un esfuerzo hacia la esperanza y constituye un símbolo. La justicia es el legado de una ética y una visión de humanidad específica. Es un símbolo porque no se puede devolver la vida a las víctimas que fueron asesinadas, no es posible acometer un acto de justicia que repare lo insalvable, lo irrestituible, y por esto también a veces ante la imposibilidad de alcanzar la justicia pensamos que es un poderoso mito humano.

Raphael Lemkin, Serge Klarsfeld y Fritz Bauer encarnan lo más importante en su visión de la justicia: una visión humanista del derecho, un compromiso indisociable con la justicia y la lucha contra la impunidad y un sentido de responsabilidad ciudadana de construcción de un país posible, deseable. Provoca ternura Fritz Bauer en numerosas escenas de los programas televisivos de 1964, *Keller Klub mit Fritz Bauer*, en las que el fiscal, ahora ciudadano, sentado en una mesa entre copas —y siempre fumando— diserta e interactúa con jóvenes en conversaciones distendidas en una escenografía que propicia el diálogo cercano y a veces intimista. En una de estas conversaciones, Bauer recuerda a sus compatriotas que un alemán no puede estar orgulloso de sus montañas, de Beethoven, de Goethe, de Schiller, pues eso ya estaba allí conformando la nación alemana; les corresponde a los jóvenes crear y defender los derechos humanos y la democracia de su país como el primer acto de patriotismo y humanidad. Cada ciudadano debe iniciar «un viaje en el sentido de la justicia», para afrontar el barranco moral que la postguerra construyó con los pertrechos de la guerra fría que permitieron insonorizar y distorsionar el auxilio de la justicia a las víctimas. Esa lucha contra la impunidad fue en diferido y una emboscada para las tranquilas conciencias de los perpetradores y la sociedad biempensante y consumista del «milagro alemán».

La impronta de Bauer se muestra una y otra vez en su constancia, su fuerza sostenida para alcanzar las metas jurídicas que había avistado, y un coraje cívico asiduo por su compromiso de no abandonar su sentido

de humanidad, que es la esencia de su sentido de la justicia. Fritz Bauer contó en una entrevista que, a la edad de seis años y medio, le preguntó a su madre quién era Dios. Ella Gudele Bauer contestó a su hijo que no sabía cómo responder a su pregunta y que quizás nunca pudiese hacerlo, pero le podía compartir lo más importante, para que nunca lo olvidase: «trata a los demás como deseas ser tratado».²⁴ Y ese es probablemente el corazón que mueve el sentido de justicia y humanidad presente del gran humanista y jurista Fritz Bauer. En este riguroso libro de la historiadora Irmtrud Wojak sobre Fritz Bauer el lector advertirá el porqué la pedagogía de los actos y compromisos son la vía más preclara y humana hacia el umbral de la justicia; del aquí y del ahora de un «itinerario moral».

La incógnita de la muerte de Fritz Bauer y su legado ético e institucional

Bauer murió inesperadamente el 1 de julio de 1968 y las causas siguen siendo una incógnita. El documental *Tod auf Raten* (Muerte a plazos) de la directora Iлона Ziok desgrana, a través de la familia, amigos y colegas de Fritz Bauer, la probable y realista posibilidad del asesinato de Bauer.

De no haber fallecido a tan temprana edad, 64 años, habría sido hermoso que el ciudadano Bauer hubiese conocido que su amigo Willy Brandt fue la misma persona que el 7 de diciembre de 1970, en visita oficial a Polonia como canciller alemán, rompió el protocolo y se hincó de rodillas frente al muro del antiguo gueto de Varsovia y pidió perdón en nombre de todos los alemanes. Willy Brandt dijo que lo hizo por humanidad, necesidad e instinto. Una parte de la sociedad alemana, esa que llamaba a Fritz Bauer resentido y vengativo, es la misma que gritó traidor a Willy Brandt por haber vestido el uniforme noruego durante la Segunda Guerra Mundial y haber luchado contra el ejército alemán. Willy Brandt, con quien compartió Fritz Bauer su patria del exilio en Suecia, unos años antes de morir le preguntaron en qué había consistido su logro más valioso. Willy Brandt contestó que, tras la historia alemana del siglo XX, pensaba que con su trabajo y compromiso en la esfera pública había contribuido «a que los alemanes pudiéramos volver a mencionar las palabras paz y Alemania sin que se nos quiebre la voz». Tal vez Bauer fue parte de la conciencia moral de ese logro de Brandt.

Fritz Bauer solía recordar a los jóvenes alemanes con admiración y afecto hacia ellos porque tenían que construir el futuro de una Alemania

²⁴ Iлона Ziok, *Tod auf Raten* (Muerte a plazos), Documental, Berlín, 2010.

democrática, que «Nada se encuentra en el pasado, todo es presente y puede convertirse en futuro nuevamente» (*Nicht ist Vergangenheit, alles ist Gegenwart und kann wieder Zukunft werden*). Con esta idea Bauer nos sitúa en una zona de alerta hoy también, para instarnos a realiza una lectura crítica y comprensiva de nuestras sociedades avasalladas por eficaces fuentes de desinformación, populismos, racismos y xenofobia, actos de barbarie y agresión, totalitarismos rampantes y una amenaza dinámica y eficaz contra los fabulosos e imperfectos sistemas democráticos que seguimos disfrutando en Europa. Solo el compromiso ciudadano de fortalecimiento del sistema democrático, defensa de sus instituciones y sus valores podrá proveer un cierto reparo frente a las incertidumbres y vulnerabilidades del presente y las que se ciernen sobre nosotros. La justicia es un esfuerzo colectivo de instituciones y personas que convergen en un ideal de humanidad, seguridad y responsabilidad que ampara un espacio de libertad de desarrollo humano. La terquedad, empeño y ejemplo de Bauer, que logró combinar su compromiso personal con el ejercicio de la autoridad institucional, nos muestra que, sin importar el momento histórico o el espacio geográfico, la reconstrucción del mito de la justicia es el empeño humano más gratificante, arduo y necesario.

Tal vez, cada persona, en cada generación, encarnamos en nuestro compromiso con la justicia el mito de Sísifo que Homero describe en *La odisea*. Empujamos una piedra hacia una ladera empinada no porque lleve a un destino cierto y final, sino porque es una necesidad vital inherente a nuestra humanidad. Simon Wiesenthal lo reseñó en este sentido en la década de 1960 coincidiendo con los procesos iniciados por Fritz Bauer al reflexionar sobre los esfuerzos de la lucha contra la impunidad de los crímenes cometidos en Europa: «Ahora que esas personas están siendo detenidas, condenadas y sus sentencias ejecutadas, comenzamos a ver que la justicia existe o puede existir y que lo importante es volver a encontrarla, porque si no creemos en la justicia, ¿para qué seguir viviendo?».

Para Fritz Bauer la vida y el futuro se anclaban en la esperanza de una humanidad ilustrada, empática y necesitada de justicia. Sabemos muy poco de su vida íntima y personal como rememora Antonio Muñoz Molina en el inspirador prólogo que aparece a continuación titulado «El misterio de Fritz Bauer». Sí conocemos de Bauer su compromiso personal con las jóvenes generaciones alemanas. Sus palabras dirigidas a los jóvenes hace sesenta años permanecen incólumes en el siglo XXI por su relevancia ética y su necesidad política para una vida pública que ampare un espacio de convivencia sostenible:

«En la Alemania Federal hemos logrado cosas de importancia: una demo-

PRESENTACIÓN

cracia, la división de poderes, [...] Podéis escribir párrafos, redactar artículos e imaginar la mejor Constitución posible. Lo que importa es que los seres humanos sean justos».

Esas palabras de 1965 son difíciles de aplicar e incluso de imaginar hoy en muchos países del mundo, pero es ahora, en diciembre de 2023 —en que conmemoramos el 60 aniversario del inicio de los juicios de Auschwitz celebrados en Fráncfort en 1963—, el momento en el que el eco de la historia europea y el Derecho nos instan a ejercer nuestra condición de ciudadanos con la responsabilidad principal de defender el sistema democrático y su alma de humanidad por la que luchó Fritz Bauer en una vida deslumbrante gobernada por una vocación democrática por la justicia.

Y, si convenimos que las acciones y el legado de Fritz Bauer son, efectivamente, deslumbrantes y representan una referencia de lucha por los derechos humanos y de patriotismo cívico constitucional, también debemos ser conscientes de que ninguno de estos baluartes forman parte de nuestra urdimbre política, y no formarán parte de nuestro patrimonio genético democrático, a menos que cada ciudadano —emulando la estela de Fritz Bauer— intente mostrar resistencia frente a la opresión, respete y fortalezca con sus acciones el Estado de derecho y, sobre todo, acceda a una educación en principios y valores democráticos cuya finalidad sea el encuentro de la concordia social y la salvaguardia y sostenibilidad de la propia democracia.

Joaquín González Ibáñez, 20 de julio 2023



Fritz Bauer, 1965. ©Münchener Stadtmuseum, Sammlung Fotografie, archiv stefan moses

«Las leyes no se escriben en pergaminos, sino en la sensible piel humana».¹

Fritz Bauer

¹ *Gesetze sind nicht auf Pergament, sondern auf empfindlicher Menschenhaut geschrieben*

PRÓLOGO

El misterio de Fritz Bauer

Antonio Muñoz Molina

El ejemplo de integridad de Fritz Bauer se alza delante de nosotros como una estatua abrumadora y solitaria. Su vida privada es un misterio que esta biografía no se esfuerza mucho en revelar. En mi primera lectura me pareció que era una limitación o una negligencia del biógrafo. Ahora, después de haber leído despacio el libro y haberlo completado con otros materiales —casi siempre escasos, porque la mayor parte de la información sobre Bauer que se encuentra en internet está en alemán— comprendo que la clave de esa falta de información personal no está en el biógrafo, sino en el biografiado. A Fritz Bauer le costaba mucho hablar de sí mismo, incluso de los sufrimientos que había padecido cuando fue encarcelado en 1933. Hablaba muy poco o nada de su vida, pero da la impresión de que en ella había muy poco espacio para todo lo que no fuera su trabajo, la tarea inmensa que él mismo se había echado sobre los hombros casi desde que era estudiante de Derecho, y que fue más agotadora todavía a partir de su regreso a Alemania en 1949 y su reincorporación a la judicatura. Ni siquiera en los tiempos de persecución y clandestinidad en la Dinamarca ocupada por los nazis, y en la Suecia neutral y un tanto colaboracionista, Fritz Bauer se dio tregua a sí mismo en la tarea a la que dedicó su vida entera, que fue la de establecer la razón democrática de la legalidad como defensa de los seres humanos y como antídoto contra toda forma de autoritarismo y delirio ideológico, contra la trágica propensión humana a la irracionalidad y la sumisión. En 1944, cuando ya se sabía cuál iba a ser el resultado de la guerra, pero no cuánto tiempo más duraría la fanática y eficiente voluntad alemana de seguir luchando, Bauer escribió un ensayo en el que preveía la necesidad de un tribunal internacional que

estableciera las responsabilidades y juzgara los crímenes de los dirigentes y los ejecutores del Tercer Reich.

Un primer indicio de la relevancia de Fritz Bauer en la historia alemana y europea del siglo XX es que ese documento había de influir en el establecimiento de los juicios de Núremberg. Como un filósofo de las leyes, Bauer había reflexionado desde muy joven sobre el lugar que ocupan en las sociedades humanas, y sobre su relación con cuestiones tan esenciales como el bien y el mal, la libertad y la dignidad de las personas, la convivencia, la crueldad, el daño, el delito. Heredero de la Ilustración, en la vertiente humanista y siempre cercana a la poesía de Goethe y de Schiller, Bauer compaginaba esas especulaciones y esas intuiciones tan valiosas con un sentido riguroso de eso que los expertos que se dedican a ella llaman la ciencia jurídica, con sus imprescindibles exigencias de precisión técnica y claridad formal, y con un compromiso político que lo alejaba de cualquier pretensión hipócrita de neutralidad. Desde el principio de su carrera Fritz Bauer fue un jurista eminente, un servidor público dedicado como juez a la administración de justicia y un militante socialdemócrata plenamente comprometido con la causa doble, e inseparable, del progreso social y la República de Weimar. Su vocación humanista y su convicción socialdemócrata le urgían a la defensa de las personas concretas, del derecho de todos y de cada uno a una vida libre y digna. Su formación de jurista, y su oficio de juez, le hacían consciente de la necesidad de que los ideales y los proyectos políticos estuvieran siempre sujetos al sistema de cautelas y garantías de la legalidad. Y su experiencia cotidiana de las convulsiones que amenazaron a cada momento los primeros años de la República, y de las fuerzas terribles que desde el primer día conspiraron contra ella, le imprimió para siempre una conciencia angustiada de la fragilidad de las cosas, del peligro de dar por supuestas las reglas cotidianas y aceptadas, hasta los mimbres esenciales de la convivencia civil, que parecen muy firmes y sin embargo pueden derrumbarse de un día para otro.

A Fritz Bauer, como a tantas personas de su generación, le tocó asistir al gran derrumbe del orden europeo que trajo consigo la I Guerra Mundial, con sus secuelas de miseria, violencia, hambre, hiperinflación. Nacido en 1903, le dio tiempo a conocer «el mundo de ayer» de Stefan Zweig, pero no parece que sintiera ninguna nostalgia por él. Abrazó con abierta militancia la República porque veía en ella el antídoto del autoritarismo imperial y prusiano y del nacionalismo agresivo que había conducido a la guerra e infectado el cuerpo social de un antisemitismo

al que no iba a costarle nada escalar hacia la criminalidad. La República parecía contener la promesa de integración de los judíos en una común ciudadanía alemana. La generación de los padres de Bauer había conocido una emancipación jurídica que según imaginaban se iría convirtiendo con los años en plena aceptación social. La lealtad de esa clase media judía a la nación alemana se había manifestado en la participación voluntaria de muchos de sus hombres en la guerra. El padre de Bauer fue uno de ellos. Veterano condecorado, comerciante próspero, no compartió las inclinaciones republicanas y socialdemócratas de su hijo, en la creencia, compartida por muchos de sus contemporáneos, de que su hoja de servicios, y la evidencia de los muchos miles de caídos judíos en el frente, les aseguraba definitivamente su posición de igualdad. No imaginaban el desengaño que estaba aguardándolos.

Fritz Bauer no era sionista, ni tenía creencias religiosas, pero la fiereza creciente del antisemitismo en Alemania no le permitió nunca olvidar que era judío. Se lo recordaban las sociedades nacionalistas de estudiantes en las universidades donde se educó, y la mayoría de los jueces y los funcionarios cuando empezó a trabajar en los tribunales, en los que además quedaba marcado por su condición de socialdemócrata. En una vida atravesada por tantos avatares, y que abarca desde la Alemania de los años 20 a las vísperas de Mayo del 68, esa es la única circunstancia invariable con la que tuvo que lidiar este hombre apasionado y lúcido, solitario y cordial: la de encontrarse en minoría, lo mismo en la universidad que en la judicatura, a veces en una extrema minoría de uno solo, según la expresión de Círyl Connolly. Quizás esa soledad pública se correspondía con una propensión interior, que le hizo más fácil su entrega absoluta a una causa para nada que estuviese fuera de ella misma. Fuera gay o no —y eso habría acentuado su propensión a pertenecer a una minoría reducida y sospechosa— Fritz Bauer era un hombre que puso siempre sus plurales militancias por encima de su vida privada. Vivió solo y murió solo, con sesenta y cuatro años, aunque su aspecto era el de un hombre mucho mayor, un hombre fornido y austero, de pelo blanco y rasgos duros, de arrugas profundas en una piel como de viejo pergamino, con esos rasgos fuertes y esa expresión concentrada que muchos asociaban a los de un profeta bíblico. Parece que no tuvo muchas distracciones, más allá del tabaco y las conversaciones con amigos. El hábito de fumar sin pausa, tan propio de los hombres de su época, sin duda le abrevió la vida, pero da la impresión de que antes de morir ya estaba muy agotado físicamente, gastado por la dureza angustiosa de 12 años de clandestinidades y

de exilios, pero sobre todo por una entrega al trabajo en la que no tenía reposo, ni mucha ayuda de nadie, ni aliento de colegas ni de superiores, ni reconocimiento verdadero.

Durante los casi últimos veinte años de su vida, desde su regreso a Alemania en 1949, Fritz Bauer vivió dedicado, como fiscal, a una tarea administrativa y heroica, profesional y visionaria, la de contribuir al restablecimiento de la legalidad quebrada por los nazis en 1933, y también, por lo tanto, la de perseguir y someter al peso de la justicia a muchos de los que habían hecho posible aquella ruptura infernal, y llevado a cabo el asalto más monstruoso que ha conocido el mundo contra los mismos valores que Bauer quiso siempre defender: la dignidad sagrada de los seres humanos, la libertad personal, la vida misma. El régimen nazi había terminado de derrumbarse con la derrota de la armas en 1945, pero la inmensa mayoría de sus carceleros, verdugos y cómplices permanecía impune, en parte porque la escala misma de los crímenes multiplicaba imposiblemente el número de los criminales, y en parte, también, porque las exigencias de la reconstrucción del país y los acomodos y las imposiciones de la Guerra Fría favorecieron que por delante de la justicia y la reparación de las víctimas se pusiera la estabilidad política, la continuidad administrativa, el empuje de la recuperación económica. Como observaron en su momento muchos testigos, en Alemania se impuso después de la guerra un gran silencio sobre el pasado inmediato. La vergüenza de la complicidad más o menos explícita se conjugaba con el oportunismo cínico y la soberbia de muchos antiguos nazis, y con una especie de disposición a adoptar un manto de victimismo colectivo. No hubo bienvenidas ni buenas caras para quienes volvían del exilio o del cautiverio. Muchos de ellos se marcharon de nuevo espantados.

Fritz Bauer se quedó. Por patriotismo, por sentido del deber, por pura obstinación. Levantó la voz sin miedo cuando nadie hablaba. Señaló y acusó y lo que recibió a cambio no fue simpatía sino hostilidad, rechazo, amenazas de muerte, boicoteos institucionales. Que pudiera hacer contra viento y marea todo lo que hizo nos parece increíble. Por encima de las conveniencias, los acomodos, las capitulaciones, alzó la voz áspera y serena de la justicia como uno de los profetas de esa religión en la que no creía. De pocas personas en el siglo XX puede decirse que lograran o propiciarán tantos cambios necesarios y justos como de Fritz Bauer, aunque su figura haya quedado muy limitada al ámbito alemán.

A mí siempre me hace pensar en otro activista y visionario insobornable, Martin Luther King. Las formas extremas de maldad contra las que los dos lucharon comparten el mismo código genético. La segregación

entre blancos y negros en el Sur de los Estados Unidos sirvió documentadamente de inspiración para las leyes raciales de Hitler, así como toda sus inmundas justificaciones pseudocientíficas. King era un pastor baptista empapado de la Biblia, y Fritz un judío secular inspirado por la Ilustración y por la gran literatura alemana. Pero la Ilustración forma parte igualmente del ideario de King, que vindicaba como suyas la Declaración de Independencia y la Constitución de Estados Unidos. El campo principal de acción de Bauer no fue la tribuna pública, sino el estrado de la Fiscalía, pero en sus escritos hay una elocuencia que va mucho más allá del lenguaje jurídico, y sus frecuentes apariciones públicas eran una forma de activismo social no muy distinto del de Luther King.

Pero la semejanza que me parece más profunda entre ellos es la de una actitud sacrificial. Llamo así a la plena aceptación de que el precio exigido por la causa a la que uno se dedica es ni más ni menos que su propia vida. A diferencia de Fritz Bauer, King era un sensualista que disfrutaba con remordimiento, aunque sin reserva, de los grandes placeres de la vida: el sexo, la comida, la bebida, la fiesta, los amigos, el amor de los hijos. Pero ese apego no disminuía en absoluto ni su entrega a la militancia agotadora ni su disposición a perderlo todo en cualquier momento, si lo encerraban en la cárcel, o lo atacaban físicamente, o lo mataban. Fritz Bauer aceptó la prisión, cuando le tocó, con la misma entereza que King, y los malos tratos que recibió de sus verdugos nazis fueron más crueles que los de los carceleros y los policías del Sur. Los dos vivieron a diario la hostilidad abierta, los anónimos, las amenazas de muerte.

Y creo que los dos hicieron compatible la nobleza de los ideales emancipatorios y la atención a las medidas concretas que ayudaran a hacerlos posibles —la idea ilustrada del progreso, en definitiva— con un profundo pesimismo, basado en la propia experiencia, y en la observación atenta y con frecuencia desolada de la condición humana. Los amigos de Fritz Bauer hablaron de su melancolía y su pesadumbre en sus últimos tiempos, y lo mismo atestiguaron los de Martin Luther King. Estaban muy cansados, y tenían muchas dudas sobre el valor de lo que habían logrado, sobre todo cuando lo comparaban con la tarea inmensa que les quedaba por delante, y sobre todo con la perduración de las mismas cegueras y las mismas agresiones, el odio que no cesaba nunca, las caras descompuestas por el odio que se les acercaban, las voces de los anónimos, la dureza de corazón de quienes sin participar en el crimen estaban dispuestos a justificarlo, o a hacer como que no lo veían, o a beneficiarse de él. ¿De verdad había valido la pena tanto empeño, servido de algo? En los últimos días de su vida Luther King pensaba en hacerse a un lado en

el movimiento de los derechos civiles, en buscar un puesto de profesor en alguna parte, en tener algo de descanso. Fritz Bauer estaba pensando en su jubilación, con esperanza y quizás con remordimiento, como si estuviera a punto de capitular. Una desgana, una amargura semejante se observa en los escritos tardíos de Primo Levi.

Murieron con casi treinta años de diferencia, apenas con unos meses de distancia, en 1968. Nosotros sabemos que su sacrificio, el uno religioso, el otro cívico, no fue en vano. Fritz Bauer y Martin Luther King son de esas pocas personas de las que puede decirse con toda objetividad que mejoraron el mundo. Pero el misterio íntimo, el secreto de la soledad personal de Fritz Bauer, ni el biógrafo mejor documentado o más sagaz podrá tal vez averiguarlo.

FRITZ BAUER
BIOGRAFÍA 1903-1968

«Fue el mayor embajador que tuvo la República Federal de Alemania».

*Robert M. W. Kempner (1968)*¹

«Un luchador por el derecho, la justicia y la humanidad, cuya verdadera importancia solo será reconocida con el paso de los años».

*Walter Fabian (1968)*²

¹ Robert M. W. Kempner, «Gedenkrede», en: ministro de Justicia de Hesse, Dr. Johannes E. Strelitz (ed.), Fritz Bauer: *In memoriam*. Wiesbaden, 1969, p. 26.

² Walter Fabian sobre F. Bauer, *Gewerkschaftliche Monatshefte* 8, 1968, p. 490.



©Münchner Stadtmuseum, Sammlung Fotografie, archiv stefan moses

«No podemos hacer de la tierra el cielo, pero cada uno de nosotros puede hacer algo para evitar que se convierta en un infierno».*

Fritz Bauer

* *«Wir können aus der Erde keinen Himmel machen, aber jeder von uns kann etwas tun, dass sie nicht zur Hölle wird.»*